

14 RELACIONES DEL SUJETO Y LOS OBJETOS: ENUNCIACION Y EXPERIENCIA.

CONTENIDO

1. Introducción
2. Cuando el sujeto no es el agente: enunciación y enunciado
3. Sobre el sujeto y el objeto en la experiencia (yo, mi, mismo)
4. El sujeto y el objeto en el mundo interno y en el mundo externo
5. Evidencias y errores: objetos internos y externos
6. A modo de conclusiones
7. Bibliografía

1. INTRODUCCIÓN

La noción de sujeto constituye en buena medida el meollo del acontecer psíquico y por tanto de la práctica psicoterapéutica. Pero, ¿qué sujeto es ése que a menudo no sabe que es sujeto y que comporta en su más profundo interior al objeto?, ¿qué sujeto es ése que se presenta descentrado, repartido y contradictorio?. Viejo tema y en ocasiones viejos autores que, pensamos, siguen en el centro de los nuevos problemas.

El sujeto y el objeto forman una maraña entrelazada que se expresa en la enunciación; el enunciado nos ofrece un sujeto (y un objeto) distribuido a lo largo del discurso manteniendo, sin embargo, un estilo general. El otro es constitutivo del sujeto; la relación "con" el objeto es no solamente relación "de" objeto (Laplanche y Pontalis, 1973) sino síntesis del sujeto y del objeto en el sistema de relaciones objetales.

Nada parece desbordar el campo de la conciencia: (1) ni hacia fuera (no podemos conocer la "realidad" del objeto del mundo externo), (2) ni hacia dentro (no podemos ver "el ojo que ve" en el paisaje contemplado). Presa la conciencia en su campo no por ello flota en las fantasías de un psiquismo desencarnado: objetos internos y objetos externos presentan isomorfismos puesto que existen el error y el delirio. Fantasía (en su sentido habitual) y realidad no se confunden, y el ser humano posee una identidad así sea "narrativa" (Franck, 1995). Trataremos en las líneas que siguen

sobre ese ser humano entendido psíquicamente como sistema de relaciones objetales en las que el sujeto se relaciona con los objetos (mundo interno) y a su vez -en tanto individuo- se inscribe en el nivel del mundo externo.

2. CUANDO EL SUJETO NO ES EL AGENTE: ENUNCIACIÓN Y ENUNCIADO

La acción lingüística para Ducrot y Todorov (1972) utiliza el lenguaje haciendo de él un medio, según Greimas (1990, p.303) no hay vinculación directa con el enunciado ni con la forma lingüística: "se trata aquí de un efecto secundario, como el que produce un discurso electoral al suscitar el entusiasmo, la convicción o el aburrimiento". El acto lingüístico - escriben Ducrot y Todorov (1972, p.426)- es "inherente al acto de hablar e independiente de los proyectos en los que se inserta"; el acto se orienta hacia la lengua en Saussure y la ilocución en Austin que, según Greimas (1990), "corresponde a la enunciación en tanto que ella es un acto de lenguaje que influye en las relaciones entre interlocutor e interlocutario... (p.214)".

Castilla del Pino (1990) hace del acto lingüístico un esquema conductual definido por la relación del sujeto y del objeto entendidos como actantes de la relación. En un plano más concreto, la "actuación" correspondería a la relación sujeto/objeto en un contexto determinado. De este modo el acto sería del dominio de la "capacidad del hablante" (p.116) mientras que la actuación pertenecería al dominio de la actualización de la potencialidad ("performance"). Para el autor (1990, p.121), el acto se inscribiría en el dominio del estilo general mientras que la actuación sería tema de variaciones siempre englobadas en el nivel superior del estilo.

Según Greimas (1990) "por oposición a la enunciación entendida como acto de lenguaje, el enunciado es el estado resultante... (p.146)". Solo conocemos directamente el enunciado como material verbal o texto provisto de sentido; la enunciación es el presupuesto lógico del enunciado. De este modo la enunciación se dibuja como instancia de mediación entre las potencialidades de la lengua y su actualización en el habla.

"Todo acto de conducta -escribe Castilla del Pino (1995, pp. 186-187)-, en su estructura básica, es un acto de relación de un sujeto con un objeto. Sujeto es todo objeto de la realidad que hace; objeto es todo aquello sobre lo que el sujeto hace". Al resituar el sujeto y el objeto en el contexto, el primero actúa y el segundo sufre esa actuación.

Siguiendo a Greimas (1990) habrían de diferenciarse (1) el "sujeto de estado" (definido según la relación de conjunción o de disyunción con el objeto) y (2) el "sujeto de hacer" en tanto "principio activo capaz no sólo de poseer cualidades sino también de efectuar actos (p.395)". De este modo -según el último autor (1990, p.396)- los sujetos vendrían definidos (1) en cuanto sujetos de estado y (2) por el modo de hacer (como sujetos pragmáticos y

sujetos cognoscitivos). Una distribución similar habría de llevarse a cabo con el objeto ("objeto de estado" y "objeto de hacer"): "En cuanto actantes, los objetos sintácticos - Greimas (1990, p.289)- deberán ser considerados como posiciones actanciales, susceptibles de recibir vertimientos, ya sea de proyectos de los sujetos (se hablará entonces de objetos de hacer), o bien de sus determinaciones (objetos de estado)". Este modo de ver la interacción sujeto/objeto concede la prioridad a la relación: tanto el sujeto como el objeto no serían sino sus resultados. Desde esta perspectiva no interesaría tanto el sujeto como tal sino la relación (función) que constituye el enunciado (que podrá referirse a un estado o al pasaje de un estado a otro). Vamos a precisar, para el estudio de la continuidad de la individualidad, algunos puntos sobre la enunciación:

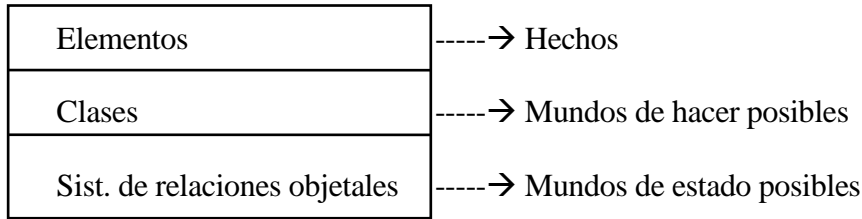
El sujeto de la enunciación, supuesto productor del enunciado permanece siempre implícito: el yo que aparece en el enunciado no es sino simulacro ("enunciación enunciada" según Greimas, 1990, p.113).

- Los actantes de la enunciación son (1) el enunciador en tanto "destinador" implícito de esa enunciación y (2) el "enunciatorio" -en la terminología de Greimas- en cuanto receptor también implícito. En el enunciado -ya de modo explícito- el último autor sitúa al narrador (equiparable al yo) y el que recibe la narración ("narratorio").
- Conviene insistir en que el término de sujeto de la enunciación engloba tanto al enunciador como al enunciatario.

En un nivel más abstracto, el sujeto de la enunciación (integrado por el enunciador y el enunciatario) tiene como objeto el enunciado (discurso) y como predicado (función) la intencionalidad.

Siguiendo a Lacan, Dor (1986) escribe: "No sólo el sujeto no es causa del lenguaje, sino que es causado por éste. Esto quiere decir que el sujeto que adviene por medio del lenguaje sólo se inserta en él como un efecto: un efecto del lenguaje que lo hace existir para eclipsarlo, inmediatamente, en la autenticidad de su ser (p.123)". El sujeto del enunciado en tanto representación sería, también, enmascaramiento: "Esa alienación del sujeto dentro de su propio discurso -escribe Dor (1986, p.123)- es, precisamente, la división del sujeto".

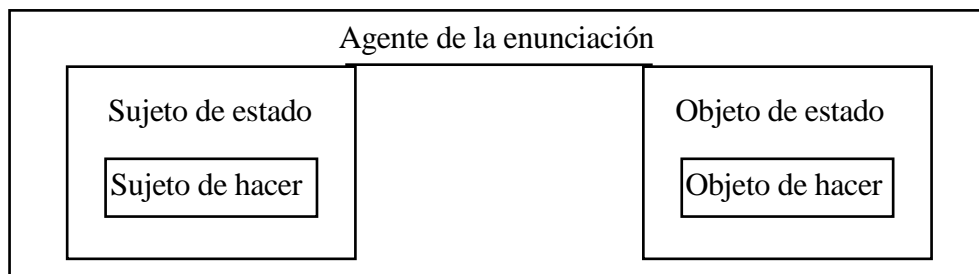
Un sistema de relaciones objetales particular (un individuo) toma sentido para el interlocutor -y para si mismo en la psicoterapia- en tanto los signos se enlazan (definiéndose y completándose mutuamente) en la sucesión del discurso. **El agente de la enunciación se expresa en las modalidades de los sujetos y objetos de estado, que son fruto del sedimento de los diversos sujetos y objetos del hacer. En el sistema de relaciones objetales las clases que lo forman se definen mutuamente en la interacción. En tanto agente de la enunciación el sistema de relaciones objetales define el conjunto de todos los enunciados de estado posibles ("mundos de estado posibles"). No obstante, en un segundo nivel, las clases pueden ser entendidas como agentes de enunciación de todos los enunciados de hacer posibles ("mundos de hacer posibles"). El tercer nivel viene constituido por los hechos.**



Puede postularse que la enunciación, como generación de enunciados, atraviesa los diferentes niveles: la enunciación "desde" el sistema de relaciones objetales produce enunciados de estado que a su vez "desde" el nivel de las clases genera enunciados de hacer. El agente de la enunciación primigenio corresponde en este esquema al sistema de relaciones objetales tomado como una unidad (sin prioridad del sujeto sobre el objeto). El agente de la enunciación secundario (productor de enunciados de hacer) es el sujeto como clase, pero también los objetos como clases.

Recapitulando algunos de los términos recordados en estas líneas insistiremos -desde nuestra perspectiva- en algunos puntos de especial interés para una teoría del sujeto:

- **En el marco del enunciado, como discurso explícito, el sujeto de estado nos interesa particularmente en tanto engloba como clase a cada uno de los sujetos de hacer.**
- **Siempre dentro del enunciado, en la inmediatez de la consciencia, el sujeto se siente diferente del objeto: el primero es percibido como "mismo" y el objeto como "otro". Además, el sujeto se encuentra en conjunción (unión) o disyunción (separación) con el objeto (enunciado de estado como clase de los elementos enunciados de hacer).**
- **El sujeto de la enunciación nunca es explícito e incluso podría decirse que no existe. Si entendemos la enunciación como presupuesto lógico generador del enunciado, su sujeto está integrado por la tripleta sujeto/relación/objeto de la enunciación ("agente de la enunciación").**



3. SOBRE EL SUJETO Y EL OBJETO EN LA EXPERIENCIA (YO, MI, MISMO)

Según Lemaigre (1985), lo que Brentano denominaba conciencia Husserl llamaba preferentemente vivencia. Jaspers (1966, p.25) distinguía en la conciencia tres aspectos: (1) la interioridad expresada en el vivenciar, (2) la escisión sujeto-objeto (conciencia objetiva o razonante), y (3) la autorreflexión como conciencia de sí mismo.

La conciencia, según H. Ey (1968, p.37) puede ser estudiada desde dos perspectivas: "la conciencia que se para en la actualización de la experiencia vivida" en el sentido de Husserl y "la conciencia que se desarrolla en el sistema de la persona" (más próxima a la teorización de Heidegger). Para este último autor -según H. Ey (1968, pp. 67-68)- el Dasein (ser del sujeto existente) se caracteriza por las incertidumbres, y constituyen su esencia las modalidades de existencia; por otra parte, existir es estar preocupado (ligado al mundo): la "ipseidad" pertenece al Dasein y no hay conciencia pura que esté separada del mundo.

El sentido de conciencia como vivencia intencional ("operante") es diferente -comenta Marías (1983)- al sentido que toma la conciencia como "darse cuenta"; en el segundo caso podría hablarse de "consciencia". La intencionalidad tampoco se confunde con su grado de consciencia voluntaria; según Merleau-Ponty (1976, p.XIII) el propio Husserl distinguía "la intencionalidad de acto" (juicios y tomas de posición voluntarios) y la "intencionalidad operante" que proporciona la unidad natural -"antepredicativa"- del mundo y de nuestra vida. Tal vez en el mismo sentido Sartre (1976) hablaba de una conciencia pre-reflexiva que vuelve la reflexión posible; "hay un cógito prerreflexivo -escribe el autor (p.20)- que es la condición del cógito cartesiano".

La inmediatez de la conciencia de sí es recogida por un psicoanalista como Pasche (1991) que escribe: "Cuando el yo se desvela, cuando la conciencia lo aclara, el individuo se siente ser (...) Es un sentimiento de certeza, una experiencia cardinal inmediata. No es una deducción, así pues el 'yo pienso, luego soy' está de más ... (p.1617)". Incluso en la identificación el sujeto que desplaza "no pone al otro en el lugar del cógito... (p.1618)"; un poco antes Pasche (1991, p.1618) escribe: "El (el yo) proyecta ciertamente fuera, pero no se transporta..."

A la vez la idea de conciencia como "conciencia de algo" implica que es propio de la conciencia (intencionalidad) ese algo que no es ella misma. Desde este ángulo, si aceptamos con Sartre (1976) que la dualidad sujeto/objeto es propia del conocimiento, lo original de la conciencia de sí sería la síntesis vivencial, la unión -masiva e inanalizable (en ese nivel)- del substrato formado por el sistema de relaciones objetales. La conciencia de objeto, en tanto conciencia cognoscente, es conocimiento del objeto únicamente si es conciencia de ella misma como siendo ese conocimiento; "la conciencia -para Sartre (1976, p.17)- es el ser cognoscente en tanto que es y no en tanto que es conocido".

"La intuición genial de Hegel -escribe Sartre (1976, p. 282)- es hacerme depender del otro en mi ser. Yo soy, dice él, un ser en sí que no es para sí sino para otro. Es pues en mi

corazón que el otro me penetra". Según el autor la vergüenza, el miedo, el orgullo muestran el poder de la mirada del otro que de un solo golpe me transforma en objeto. La situación de mirado no es únicamente conocida, es vivida: vivirme como objeto en medio de las cosas, reconocirme como ser degradado, sentirme tan intrínseca e indefectiblemente dependiente del otro. El que mira solamente puede ser el otro en tanto sujeto: el ser humano.

Desde el momento en el que se posee evidencia de algo, no se cree en ello. Cuando hay creencia no existe evidencia. Creencia y vivencia desde un punto de vista se excluirían. "En la vivencia -escribe Ferrater Mora (1973, p.437)- no hay aprehensión propiamente dicha, porque lo aprehendido y lo vivido son una y la misma cosa (...) sólo mediante el análisis puede una vivencia ser desprendida de lo experimentado por ella..." Distinguir la consciencia de la conciencia, la intencionalidad de la mera intención, nos lleva a situar lo vivido y lo conocido como dos aspectos que establecen un juego dialéctico precisamente porque se expresan al unísono en cada una de las totalidades:

- Lo vivido -como unión- es la expresión de la síntesis del substrato (sistema de relaciones objetales).
- En lo vivido se da experiencia inmediata y masiva (únicamente puede ser analizable a posteriori). La vivencia se consume en su objeto.
- La vivencia se posee o no se posee, pertenece al dominio de lo estocástico: si/no, verdad/mentira (Castilla del Pino, 1995).
- La creencia se enmarca en el campo de lo conocido, de la aprehensión del objeto (o del sujeto como objeto).
- La creencia pertenece al ámbito de la verosimilitud, de la probabilidad.
- La creencia, relacionada con la interpretación, no es evidente.

Los objetos del sistema de relaciones objetales son los "otros": aquellos objetos capaces -también- de situarse en posición de sujetos, dotados de la conciencia de sí que -según Hegel- implica el deseo humano. El sentimiento de sí -compartido con el resto de animales- pasa a ser conciencia de sí únicamente en el ser humano. Buscar la satisfacción de una necesidad ("deseo animal") lanza al sujeto hacia la destrucción exterior de un objeto que en el mismo movimiento se hace interno; sin embargo, "el yo creado por la satisfacción activa de un tal deseo -escribe Kojève, comentando a Hegel, (1979, p.12)- tendrá la misma naturaleza que las cosas sobre las que porta el Deseo" ("cosificado"). Para que pueda darse la conciencia de sí, el deseo del hombre habrá de dirigirse hacia un objeto "no natural" que sobrepase la realidad de la cosa y, siempre según Hegel, lo único que la sobrepasa es el propio deseo: el deseo humano ha de referirse a otro deseo humano. Kojève (1979, p.14) insiste en que, para Hegel, desear un deseo (del otro) no es desear el objeto del deseo del otro, es querer remplazar uno mismo al objeto deseado por el otro. En última instancia ello se traduce en ser "reconocido" por el otro.

Para Merleau-Ponty (1976) lo importante no sería tanto la mirada "objetivante" sino la intención: percibir una intencionalidad en la mirada me pone en comunicación real con el sujeto de quien procede. En todo caso -y de forma inmediata- el otro como ser humano es un objeto particular y principal, un objeto del que la percepción inmediata de similaridad con el sujeto hace que este último se sienta solicitado; ya Nietzsche -citado por Laín Entralgo (1983, p.238)- escribía: "Nos sentimos tan tranquilos y cómodos en la pura naturaleza porque ésta no tiene opinión sobre nosotros". Haremos también una mención de aquellos objetos de otra índole (no seres humanos) que pueden presentar -como los objetos

metonímicos- un atributo de gran significación que los hace representativos de una persona ("objeto-sujeto"). A los objetos metonímicos (como representantes de la totalidad de un ser humano) se le puede atribuir intencionalidad en tanto delegación animista y antropomórfica.

Gabriel Marcel se ocupó muy de cerca del "Tú": "Mi juicio `Tú eres bueno´ -escribe Laín Entralgo (1983, p.270)- dice en rigor `Te estoy diciendo que tú eres bueno´. Con el segundo `tú´, yo te pienso y te convierto en `él´; con el `te´ inicial, en cambio, declaro que estoy hablando a un `tú´, que tú eres `tú´, una persona singular y no una realidad objetivable". Retomando la frase de Marcel, ampliada por Laín Entralgo podemos llevarla al desarrollo: **"Yo (1) te (1) digo que yo (2) percibo tu (2) bondad". El "yo" que dice y el "yo" que percibe son elementos de un ámbito mayor, de un "yo" (clase) que dice y percibe: "yo de hacer" en el primer caso, "yo de estado" en el segundo. El "te" que escucha y el "tú" bondadoso, como objetos de hacer, son elementos de la clase "tú" en tanto objeto de estado. Emplearemos el término Yo para denominar al sujeto de hacer y el término Tú para el objeto de hacer; el sujeto de estado será el Mi y el objeto de estado el Ti:**

	CLASE (ESTADO)	ELEMENTO (HACER)
SUJETO	MI	YO
OBJETO	TI	TU

Pero el camino no se detiene en el enunciado: Yo, Tu, Mi y Ti son resultados de los que el origen está en otra parte. La enunciación es una actividad que remite a un enunciador (agente de la enunciación) que no es el sujeto -ni como elemento, ni como clase-, sino la relación de la clase del sujeto con las clases de los objetos (sistema de relaciones objetales). El Yo es la consciencia en tanto sujeto elemento. El Mi es la consciencia en tanto sujeto de estado (sujeto como clase). El Mi se distribuye en los diferentes Yoes que surgen.

El término de "mismo" corresponde -según Ricoeur (1990)- tanto al latino "idem" (lo idéntico en cuanto comparación de dos algos) como al "ipse" (lo idéntico de un algo a sí). La significación que corresponde al "ipse" es una reflexividad que en francés y en español quedaría expresada en la partícula "mismo" tras el pronombre. Este punto de vista nos interesa para situar -además del Yo y del Mi- el Mi mismo en un nivel distinto a los dos anteriores. El "Yo mismo" se mantiene en igual nivel (elemento) que el Yo, el término "mismo" en este caso funciona como redundancia, como insistencia: ¿Quién lo va a hacer?, lo haré yo mismo... En el "Mi mismo" es donde la palabra "mismo" no tendría funciones de simple redundancia sino efecto de reflexividad. El Mi mismo es la consciencia en tanto sistema de relaciones objetales.

El "Yo soy yo y mi circunstancia" de Ortega (1976), en la terminología que proponemos aquí, corresponde a "Mi mismo soy Mi y Mi

circunstancia" en tanto el "Mi" engloba a todos mis "Yoes elementos" y "Mi circunstancia" suma todos mis "objetos elementos".

YO ---- SUJETO DE HACER
MI ---- SUJETO DE ESTADO
MI MISMO ---- SUJETO DE ESTADO (MI)+OBJETO DE ESTADO (TI)

4. EL SUJETO Y EL OBJETO EN EL MUNDO INTERNO Y EN EL MUNDO EXTERNO

El sujeto tratado como objeto por el otro sigue poseyendo vivencia de sujeto (precisamente de ser tratado "como si" fuera objeto). La vivencia de ser objeto responde más a los interrogantes de valoración que a dudas sobre la autoconsciencia como sujeto. En resumen, el sujeto siempre mantiene la vivencia de tal, al menos mientras se da la posibilidad de vivenciar el "como si". El sujeto no se traslada al objeto, no más que un gemelo a otro idéntico gemelo. Las raíces de la realidad del mundo externo se hunden en el espacio y el tiempo, en la geografía y la historia, en la corporalidad desplegada biográficamente; ¿explicación?, pensamos que no la requiere: es así, lo que se puso se encontró. **El sujeto como vivencia está preso en la "carne" marcada por los sentidos del lenguaje, pero carne al fin. Sin embargo el psiquismo solamente puede contar con sus propios elementos, y la carne (y el mundo externo) no lo son...**

Construyo un cucharón a partir de un trozo de madera, después con el cucharón tomo de una masa de arcilla blanda una parte: ¿sería asombroso que la forma del barro correspondiera a la madera labrada?, ¿habría que argumentar las coincidentes formas?. Veo colores y oigo sonidos a través de mi sistema visual y mi aparato auditivo, el cambio cualitativo no está en la naturaleza (ambos espectros son ondas electromagnéticas) sino en mi modo de detección. ¿Por qué habría de ser tan diferente en otros campos?: de hecho no lo es y de ahí que no se conoce, sino que se reconoce, o que el objeto sea - ontogénicamente- el fruto de, simultáneamente, una preconstrucción y un encuentro.

Según Bruner (1994) "el significado (o la `realidad´, porque al final los dos son indiferenciables) es un acto que refleja la intencionalidad humana y no puede ser juzgado por su corrección independientemente de ella (p.159)". La realidad (externa) es construida, pero lo es, a través de operaciones definidas recursivamente según esa realidad.

El lenguaje sabe de la carne porque se ha construido para hacer que ella sobreviva en el pesado camino de la filogénesis. El enunciado no se

confunde con la enunciación del mismo modo como Pío Baroja no se diluye en el "Arbol de la ciencia". Lo implícito va mucho más allá de lo explícito porque el mapa no se confunde con el territorio.

Sentado bajo un árbol veo caer la noche, estoy asustado, cigarras y pájaros tejen sus sonidos, el viento que mueve las hojas hace el resto; un sonido -que me parece particular- llama mi atención, en la oscuridad vislumbro un movimiento extraño: "alguien viene" me digo. Miro hacia el lugar y veo una sombra ancha y pesada; me armo de valor y avanzo yo también, pero no hay nada... o más bien está la naturaleza y mi miedo, y mi ilusión. Ver lo que no hay es en este caso fruto de una interpretación errada, catatímica. ¿En qué es errada?: se equivoca hacia el objeto del mundo externo al interpretar mal los índices, pero acierta con respecto al objeto del mundo interno. Hombre, mujer o monstruo vienen cargados de aviesas intenciones, están preñados de tales anhelos en mi interior, en mi sistema de relaciones objetales. Es ilusión porque puedo deshacer el entuerto, corregir la interpretación errada (a diferencia de la alucinación delirante).

Puedo tener una fantasía sobre un objeto (y mi relación con él) existente en el mundo exterior, con mi perro por ejemplo, pero también me es dada la facultad de imaginar al Can Cerbero mordisqueando. Incluso la posibilidad de establecer hipótesis se basa en estas potencialidades. En ambos casos la vivencia es semejante: me construyo un mundo posible (existente en la primera alternativa, inexistente en la segunda). El agua moja y nos instala en una determinada sensación porque podemos reconocer lo húmedo. De los rayos ultravioleta puedo conocer sus efectos sobre mi piel pero no los detecta mi visión. Ciertas reglas elementales de la lógica, los efluvios de la percepción/sensación, el consenso cultural (enciclopédico) son inmediatamente vividos como marcaje del objeto del mundo externo dentro de mis capacidades estructurales.

En el error confundo el objeto fantasioso posiblemente existente en el mundo exterior con el realmente existente, hay un error de marcaje, pero la marca en sí no está alterada como sucede en el delirio. El delirante puede construir un mundo de objetos inexistentes (parafrénico por ejemplo). En el delirio falla la "marca" ("diacrítica" en Castilla del Pino, 1995) pero el mundo delirante es un mundo posible, de hecho no deja de llamar la atención la monotonía de las producciones delirantes; mundos internos posibles que son externamente inexistentes.

En la ilusión proyecto hacia afuera mis expectativas que hacen que los objetos cumplan mis propios requisitos, igual que en la alucinación. En la repetición del guión elemental de mi vida puedo padecer ilusiones, sufrir alucinaciones, pero también elegir en el mundo externo -como objetos- seres humanos que "objetivamente" cumplan el papel diseñado en mi guión. En este último caso no hay ilusiones o alucinaciones pero, de algún modo, el funcionamiento es similar: me inscribo en un mundo de objetos externos diseñados según mi sistema de relaciones objetales. ¿Es que instalarse por ejemplo en una historia de amores fracasados y de relaciones humillantes deja al sujeto en mejor lugar que al alucinado o al iluso?. Error en la marca (alucinación), error en el marcaje (ilusión) y consolidación del guión patológico son tres caminos que conducen al hecho psicopatológico.

La gran dificultad es lograr la oportuna distancia entre el sujeto y sus objetos: (1) de un lado no ser presa de la seducción del progenitor de diferente sexo ni de la violencia del padre del mismo sexo, (2) del otro

lado permanecer próximo a ellos (Zuazo, 1996, a). Pero, ¿de qué objetos tratamos?: de los objetos internos que como clases se comportan como verdaderas estructuras de detección (por lo tanto de anticipación) de los objetos del mundo externo. La identificación y la proyección están al servicio de lograr la adecuada distancia del objeto: no lo tengo, pues lo llevo puesto parece decirnos uno... me invade, pues establezco distancias concediéndole intenciones dice otro. Pero realmente no nos lo dice de ese modo directo, no es consciente porque el conflicto -por su intensidad- le obliga a elaborar los contrarios mediante el símbolo hegemónico.

La imaginación es para Malrieu (1971) un procedimiento cognitivo por medio del cual se anticipa sobre lo dado en experiencias pasadas: por la imaginación el sujeto escapa a un mundo, pero también por ella obtiene nuevas aperturas a otros mundos. El autor (1971, p.142) describe un doble movimiento en el proceso de la imaginación:

- El sujeto se aparta por insatisfacción (o, pensamos nosotros, es apartado por incapacidad del signo) de la situación en la que se encuentra en un momento dado. El sujeto se identifica entonces "a un yo antiguo o a otra subjetividad".
- Se produce después la proyección sobre un dominio de las imágenes que conciernen al otro.

De este modo, siempre según Malrieu (1971, pp. 283-284), "la imaginación es el modo de hacerse existir según otro", un otro que el sujeto quisiera ser en oposición a lo que es. La imaginación precede a la inteligencia y a la vez -después- la acompaña y la enriquece: "Aproximando realidades diferentes -escribe Malrieu (1971, p.142)-, el sujeto descubre en una de ellas, o en los dos, caracteres que hasta entonces no había sabido percibir".

No es la cuchara quien hace del trozo de carne un líquido; no es el tenedor quien transforma la sopa en sólido. El comensal no puede sino aplicar la cuchara al líquido, el tenedor no sirve para esos menesteres. La imaginación, el mito, la organización hegemónica del símbolo son -desde la perspectiva instrumental- procedimientos cognitivos (Sperber, 1978); el ser humano aplica los símbolos allí donde sólo ellos pueden elaborar los materiales psíquicos conflictivos, precisamente por altamente conflictivos. El sujeto se relaciona con el objeto en un complejo equilibrio de distancias: unión y separación simultáneas dificultan y enriquecen una coexistencia en perpetuo balanceo y conflicto (Zuazo, 1996, b). **El ser humano no se desenvuelve entre fantasmas, no habita en un cuento de hadas o en una novela de terror, la alucinación del seno no calma su hambre, anhela que unos ojos le reconozcan más allá de una mirada producto de su fantasía.** La escisión del sujeto por el lenguaje (Lacan, 1966) no puede hacernos olvidar la dependencia constante y conflictiva con el otro "real" (Flax, 1995, p.179): ¡claro que no "conozco" la "realidad" del mundo externo!, pero he sido construido según ella y vivo (éxito adaptativo) por ella y en ella. Que nuestro conocimiento del mundo externo tenga que ver ante todo con nosotros mismos y la interpretación/construcción que operemos no elimina la posibilidad de un isomorfismo operativo (Piaget, 1979), más bien lo aleja del instante actual a las condiciones de la ontogénesis.

El "árbol" como clase no está en ninguna parte, su no existencia "empírica" no hace menor su insistencia: la clase árbol no sólo participa en el proceso cognitivo sino que ordena y da sentido. Tal o cual árbol (como elemento) está ubicado en un espacio y un tiempo, es percepción, recuerdo de percepción, o aceptación de un consenso cultural. Que una clase

se construya parece responder a la redundancia de ciertos rasgos significativos en los elementos que la componen; por otra parte, también en este caso, el consenso cultural contribuye a su constitución. Siguiendo el concepto de autoorganización (Maturana y Varela, 1990) tanto las clases como los elementos (en el sistema de relaciones objetales) están construidas (ontogénesis) por el propio individuo; el medio selecciona -y es seleccionado- según las potencialidades más congruentes. Más tarde no puede encontrarse sino lo que se ha colocado, no puede detectarse del mundo mas que lo que corresponde al órgano - autoorganizado y seleccionado- de detección.

Castilla del Pino (1990, p.187) distingue los objetos externos y los objetos internos: (1) Los primeros estarían situados en "la realidad empírica del mundo exterior (otros sujetos, animales, objetos inanimados) (...) La cualidad de externos le viene dada por su ubicación el espacio exterior"; (2) los objetos internos serían "de la realidad mental, componentes del mundo interior de cada cual (imágenes de objetos, recuerdos, deseos, sentimientos, emociones, conceptos, etc.)". El autor (p.232) diferencia también: (1) los objetos internos - obtenidos de la incorporación de los objetos externos- que por tanto han sido "alguna vez externos", y (2) las experiencias siempre de carácter interno.

Según Merleau-Ponty (1976) "si puedo hablar de sueños y de realidad, interrogarme sobre la distinción de lo imaginario y de lo real, y poner en duda lo real, es que esta distinción está ya hecha por mí antes del análisis, es que tengo una experiencia tanto de lo real como de lo imaginario..." (p.XI). Decir que tal o cual objeto pertenece al mundo real (externo) no es fruto de un proceso razonante: "Percibir una pipa -escribe Lyotard (1969, p.32), es precisamente apuntar hacia ella en tanto que existencia real. Así el sentido del mundo es descifrado como sentido que doy al mundo, pero este sentido es vivido como objetivo, yo lo descubro, sin lo cual no sería el sentido que tiene el mundo para mí". **La esencia de la construcción perceptiva es proporcionarnos lo "objetivo" (mundo externo), la esencia de la construcción fantásica es generar lo "subjetivo" (mundo interno); no hay una construcción psicológica sin valencia que a posteriori sería analizada para atribuirle el carácter objetivo o subjetivo.**

5. EVIDENCIAS Y ERRORES: OBJETOS INTERNOS Y EXTERNOS

La evidencia sobre un determinado material psíquico puede adscribirse tanto a objetos del mundo interno como del mundo externo: en el primer caso, certeza de que el objeto pertenece al dominio de la fantasía, en el segundo caso, evidencia de su ubicación en el mundo externo. Mientras que la evidencia desconoce graduaciones, la creencia siempre es gradual. Según Castilla del Pino (1990, p.189) la creencia se orienta en el espectro de la interpretación donde los "valores no son veritativos, sino de verosimilitud; incluso para el creyente más dispuesto, su creencia es (tan sólo) verosímil hasta el punto de considerarla `como sí` fuera verdad"

"El nivel lógico de la creencia -nos dice Castilla del Pino (1990, p.119)- es otro que el de la evidencia. Mientras el de la evidencia pertenece al discurso sobre el lenguaje -observación-sobre hechos, el de la creencia pertenece al discurso sobre del lenguaje-interpretación"; de este modo el autor argumenta la diferencia entre el religioso creyente y el delirante que, entonces, sería vidente (no creyente). Devereux (1977) insistía también rotundidad en la **diferencia, de pasadas consecuencias, entre la creencia y la experiencia**: "Una cosa es, para un físico, conocer la fórmula de la aceleración de la caída de un cuerpo (...) y otra diferente sentir esa aceleración bajo forma alucinatoria (análoga a un salto en paracaídas) cada vez que enuncia esa fórmula" (p.24). En torno a la misma idea, Devereux ve en ciertos chamanes la transformación de creencias originalmente colectivas en experiencias subjetivas de índole patológica.

Esa pipa está sobre la mesa y ese centauro trota por mi fantasía, de ambas cosas tengo certeza... como de que en algún río lejano chapotean los manatí que nunca he visto y resultan tan sorprendentes. ¿Por qué en esa lejanía no puede haber centauros? ¿Por qué los manatí no habrían de ser sirenas o más simplemente engaños repetidos en las enciclopedias? ¿Será real la pipa que veo sobre la mesa? Preguntas ociosas que se responden con evidencia y premura. Y sin embargo, a veces, las cosas no son lo que parecen. Dos niños discuten en el ángulo de un jardín sobre una inscripción con tiza en el suelo: "E E U U". El primero dice: "eso quiere decir Estados Unidos", el segundo lo niega; llaman a un tercero de algún año más y de reconocido prestigio para que zanje la discusión: "eso no significa -dice con certeza el juez- Estados Unidos, de ser así sería Estados Estados Unidos Unidos"... La realidad (mundo externo) se presenta con evidencia inmediata y está bien que así sea al fin y al cabo ello nos permite no quemarnos con un fuego encendido o no insultar al gigantón que con rostro agrio "no está para bromas"... Las iniciales repetidas -en castellano- duplicarían la palabra que representan, es también evidente. Tampoco lo representado se confunde con la representación: no osaríamos planificar nuestras vacaciones para pasar un mes desparramados sobre el mapa de Ibiza... Sin embargo es una ilusión según Sartre (1976) pensar que el mundo externo se nos presenta como algo inmediato que haría innecesaria su adscripción al discurso: el conocimiento no es nunca una visión inmediata que podría ahorrarnos el elegir entre varias posibilidades.

Errores inesperados o sorprendentes e incluso los propios fenómenos de disonancia cognitiva (Moscovici,1972) muestran algunos aspectos importantes de la diferencia entre el mundo interno y el mundo externo:

- La coadaptación del ser humano y de su entorno ha seguido un camino en el que la diferenciación del mundo externo y del mundo interno es bastante precisa y subjetivamente evidente.
- El ser humano conoce un mundo externo que está separado de él en su existencia.
- No obstante el mundo externo en tanto conocido es una construcción interna.
- De este modo habrá de concluirse en la necesidad de distinguir:
 - **el mundo interno de los objetos internos**
 - **el mundo interno de los objetos externos**
 - **el mundo externo**

Interpretar supone intentar dar razón de algo por su conexión con un contexto. En tanto no nos enfrentamos con el mundo externo sino con su representación "debemos -escribe Bruner (1990, p.106) citando a Goodman- buscar la verdad no en la relación entre una

versión y su referente externo, sino en las características de la versión misma y sus relaciones con otras versiones". No obstante fotografiar un cuerpo desde todas las perspectivas no va a hacernos creer que los cuerpos del mundo (externo) esté fabricados de papel con granos de plata...

Entre el sujeto, como perteneciente al mundo interno, y el objeto del mundo externo hay una mediación que es precisamente el objeto del mundo interno. No hay sujeto (en el sentido de vivencia autorreferencial) en el mundo externo. El objeto del mundo interno, más allá de la función categorial (implícita), por ser reconocido como tal (y por sus diferencias con el objeto correspondiente del mundo externo) indica al sujeto su posición subjetiva. Tal vez el objeto transicional (Winnicott, 1975) incide aún más en esta función de mediación que modula la discontinuidad entre el yo y el otro en su tentativa de conciliación de lo externo con lo interno. El objeto es transicional, como precisa Winnicott (1975, p.26), en tanto representante de la transición del estado de unión con la madre a su relación como objeto exterior. De ahí que nos interese particularmente lo transicional no como objeto sino como fenómeno y como potencialidad mediadora. El objeto del mundo externo nunca es totalmente adecuado, dicho de otro modo: el sujeto temerá conjuntamente la excesiva separación y la excesiva unión del objeto. El fenómeno transicional, mediante la utilización de un objeto sustituto, modula las distancias.

Para Freud (1973) el niño alucina el objeto al alucinar la satisfacción, de este modo el deseo crea el objeto interno y -en cierto modo- recrea el objeto externo. **Desde nuestra perspectiva la original existencia virtual de lo que será el objeto interno (del mundo interno) proporciona la apetencia para que el incipiente sujeto anhele el objeto; la relación con el objeto del mundo externo "llenará" la virtualidad dándole sus características específicas; después, el objeto del mundo externo será recreado según esas particularidades. Todo lo cual es otra forma de describir el diálogo (y mutua construcción) individuo/entorno.**

NOTA : Hemos distinguido en trabajos posteriores el SISTEMA PSÍQUICO RELACIONAL (SPR) y el SISTEMA DE RELACIONES OBJETALES (SRO)

- La estructura y organización psicológica del ser humano es el SPR que está integrado por el Ego (autorreferencia o "primera persona"), los Alteres o personas con las que se relaciona y las relaciones entre todos ellos.
Tanto el Ego como los Alteres comportan dos parcelas, una interna-(S)-(O)- y una externa-(sujeto)y (objeto)-; (S) y (O) forman parte del subsistema de relaciones objetales (SRO) Las querencias y gran número de afecciones tienen que ver -por definición- con el SPR.
La identidad del ser humano comporta al Ego, pero también a los Alteres en sus diferenciaciones internas y externas. La relación que establece el Ego ha de buscar, en un equilibrio conflictivo, la distancia oportuna.
El sistema psíquico relacional generador de las querencias es también, en su funcionamiento, el patrón de comparación para la génesis de muchas afecciones.
Desde una aproximación nuclear, la coherencia del SPR se expresa en el estilo de la personalidad.
Desde un punto de vista más dimensional se dibujan diversas parcelas como conjuntos clínicos elementales . Desde la orientación hacia el contexto, la coherencia se manifiesta en la captación / anticipación del mundo.

6. A MODO DE CONCLUSIONES

El sujeto es incapaz de garantizar el origen y el mantenimiento de su propia existencia sino es mediante su reconocimiento por el otro a través de todas las vicisitudes (que incluyen por cierto sus documentos de identificación). Su sombra como su reflejo en el espejo muestran que es visible a los ojos de los demás y por tanto confirman su existencia; ¿pero existencia de quién?. Perder la sombra nos aproxima a la muerte (en tanto pérdida de la existencia) como metáfora de la inexorable intrincación del sujeto con su objeto en el sistema de las relaciones objetales construido a través de la socialización (particularmente, aprendizaje de la lengua).

La intención estalla ante una intencionalidad que hunde sus raíces, más allá del sujeto, en el sistema de relaciones objetales. Pensamos que sería equivocado entender al sujeto como una especie de centro de referencia que proporciona un sentido a los objetos. **Quien encuadra y da sentido no es el sujeto (él mismo ha de recibirlo) sino el sistema de relaciones objetales inmerso en la sociedad que modela y modula al sujeto y a los objetos precisamente en sus relaciones.** No obstante, criticar la existencia de un yo unitario y gestor último no implica eliminar la presencia de la autorreferencia (subjetividad). **En tanto elemento de un conjunto (sistema de relaciones objetales), el sujeto es lo que él es, pero también lo que no es (es decir: lo que es el objeto con quien se relaciona).** De este modo aquello que limita al sujeto también forma parte de él. El objeto se coloca frente al sujeto, pero a la vez -en tanto límite- el objeto se emplaza dentro de él.

Incluso **el síntoma egodistónico o el signo disfuncional son tan uno mismo como el deseo de que desaparezcan.** El propio doble de la persona es ella misma: "Al mostrarle (...) que él es distinto a quien él cree ser -escribe Rosset (1993, p.91)-, espero secretamente que sea distinto al que es, concibiendo confusamente que podría no ser él mismo, sino justamente otro. Así pues, mi advertencia sería tan ilusoria como la ilusión criticada por mi advertencia".

Desde un punto de vista todo objeto conocido es -por "construido"- interno; el calificativo de interno o externo dado al objeto parece tener que ver con dos espectros teóricos distintos:

- El objeto interno puede corresponder a la idea de construcción (interna) de un objeto (clase) que va a funcionar como estructura. El objeto externo se asimilaría entonces a un elemento más "procesual", más inestable.
- En otras corrientes -o en otras ocasiones- del objeto interno se hace parte de la realidad mental y del objeto externo parte de la realidad empírica.

Si asimilamos la noción de mundo interno al acontecer psíquico y la de mundo externo a la "exterioridad" de la realidad, habremos de diferenciar: (1) la clase del sujeto y las clases de los objetos como acepción próxima -aunque no idéntica- al concepto de objeto interno

psicoanalítico, (2) el sujeto y los objetos como elementos de esas clases, (3) los objetos existentes en el mundo externo.

Aunque el conocimiento del mundo externo forma parte del mundo interno, el objeto imaginado no se confunde -en general- con el objeto "representación" del mundo externo. De ello que un tema clave sea el de la posibilidad de regulación por el individuo del proceso de la fantasía, su capacidad de reconocer el "como sí". Ya que tanto el sujeto como los objetos (sean pertenecientes al mundo interno o al externo) son "contenidos" mentales, la diferencia realidad/fantasía ha de consistir en una "marca" que impregne cada uno de los objetos (así como al sujeto tomado como objeto).

Mi sistema cognitivo conceptual ligado al signo verbal es lineal: esto y aquello, esto o aquello, antes y después... ¿y qué sucede si las cosas se presentan de modo distinto?, ¿si esto es a la vez aquello?, ¿si el después se hace antes?, ¿qué pasa si anhelo unirme al objeto y a la vez con la misma intensidad separarme?, ¿qué va a ocurrir si en la duermevela o en el sueño pretendo guiar mis razones?. La Bella Durmiente no está en el mundo externo, lo sé, pero necesito recrearla en una fantasía bañada de símbolos que la mantienen bella y deseable pero le detienen en cualquier realización de sus actos: por bella la busco y viene, por dormida permanece inmóvil. Pero, ¿veo a la Bella Durmiente?: no. Siquiera, ¿creo que pueda existir en el mundo externo?: no. Su acción sobre mí, aún siendo intensa, permanece en el mundo de lo interior, está "marcada" como mundo interno o, si se quiere, carece de "marca" de mundo externo. Secundariamente, tras la apercepción inicial preñada ya de sentido en cuanto al carácter "interno" o "externo" del objeto (en el sentido de mundo externo o mundo interno), el individuo puede analizar la propuesta. Pareciera haber dos aspectos de fuerte significación para distinguir ambos mundos: (1) las características de los datos sensoriales ("De hecho -escribe Lyotard (1969, p.58)- no se trata de saber si percibimos lo real tal como es (...), puesto que precisamente lo real es lo que percibimos"), y (2) el conocimiento enciclopédico cuajado a través del consenso cultural.

Desde la totalidad del sistema de relaciones objetales tomado como agente de la enunciación (mi mismo) hasta la clase del sujeto y el sujeto-elemento tomados como mi y yo (enunciados), tanto la intención (consciente y no consciente) como su atribución -necesaria- a un sujeto agente podrían situarse como epifenómenos o emergentes de los propios esquemas mentales. Así pues, que el ser humano cuente con una intención "no prueba -escribe Ruyer (1950)- que un sujeto metafísico está inclinado sobre un esquema mental, como el cuerpo de un ingeniero está inclinado sobre su mesa de trabajo; ella (la finalidad-intención) expresa una propiedad del esquema mismo... (p.100)". Como agente de la enunciación el sistema de relaciones objetales (mi mismo) genera enunciados que responden a su propia estructura y organización, de ellos controlo sólo una parte mínima. Como sujeto de hacer (yo) inicio la puesta en marcha del enunciado; como sujeto de estado (mi) aparezco en mi discurso en tanto sujeto; como sistema de relaciones objetales (mi mismo) estoy en cada uno de los personajes (sujeto y objetos)... Pero los objetos hablan de mí (en tanto "núcleo duro" referencial) no porque me confunda con ellos sino porque el mi mismo es el dramaturgo, el productor -inevitable- del guión: para que el personaje del sujeto pueda acometer su rol, los objetos deben de ser complementarios.

7. BIBLIOGRAFIA

1. Bruner, J., "Realidad mental y mundos posibles", Gedisa, Barcelona, 1994
2. Castilla del Pino, C., "Epistemología de la psico (pato) logía: la conducta, relación sujeto/objeto, en Desviat, M. (Coord.): Epistemología y práctica psiquiátrica, Ponencia XVII congreso de la A.E.N., Madrid, 1990.
3. Castilla del Pino, C., "Celos, locura, muerte", Temas de hoy, Madrid, 1995.
4. Devereux, G., "Essais d'ethnopsychiatrie générale", Gallimard, Paris, 1977.
5. Dor, J., "Introducción a la lectura de Lacan", Gedisa, Buenos Aires, 1986.
6. Ducrot, O.; Todorov, T., "Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage", Seuil, Paris, 1972.
7. Ey, H., "La conscience", PUF, Paris, 1968.
8. Flax, J., "Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios", Cátedra, Madrid, 1995.
9. Ferrater Mora, J., "Diccionario de filosofía abreviado", Edha-sa, Buenos Aires, 1973.
10. Frank, M., "La piedra de toque de la individualidad", Herder, Barcelona, 1995.
11. Freud, S., "La interpretación de los sueños", Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
12. Greimas, A. J.; Courtés, J., "Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje", Gredos, Madrid, 1990.
13. Jaspers, K., "Psicopatología general", Beta, Buenos Aires, 1966.
14. Kojève, A., "Introduction à la lecture de Hegel", Gallimard, Paris, 1979.
15. Laín Entralgo, P., "Teoría y realidad del otro", Alianza Editorial, Madrid, 1983.
16. Lacan, J., "Position de l'inconscient", en Ecrits, Seuil, Paris, 1966.
17. Laplanche, J.; Pontalis, J. B., "Vocabulaire de Psychanalyse", Paris, 1973.
18. Lemaigre, B., "Intentionnalité, affectivité et réalité psychique", Rev. Franç. Psychanal., 41-61, 1, 1995.
19. Lyotard, J. F., "La phénoménologie", PUF, Paris, 1969.
20. Malrieu, P., "La construcción de lo imaginario", Guadarrama, Madrid, 1971.
21. Marías, J., "Historia de la filosofía", Alianza Editorial mexicana, Mexico, 1983.
22. Maturana, H.; Varela, F., "El árbol del conocimiento", Debate, Madrid, 1990.
23. Merleau-Ponty, M., "Phénoménologie de la perception", Gallimard, Paris, 1976.
24. Moscovici, S.; Ricateau, P., "Conformité, minorité et influence sociale", en Introduction à la psychologie sociale, Larousse, Paris, 1972.
25. Ortega y Gasset, J., "Meditaciones del Quijote", Espasa-Calpe, Madrid, 1976.
26. Pasche, F., "Notes sur le sujet", Rev. Franç. Psychanal., 1617-1623, 6, 1991.
27. Piaget, J., "Le structuralisme", PUF, Paris, 1979.
28. Ricoeur, P., "Individuo e identidad", en Sobre el individuo, Paidós, Barcelona, 1990.
29. Rosset, C., "Lo real y su doble", Tusquets, Barcelona, 1993.
30. Ruyer, R., "La conscience et le corps", PUF, Paris, 1950.
31. Sartre, J. P., "L'être et le néant", Gallimard, Paris, 1976.
32. Sperber, D., "El simbolismo en general", Promoción Cultural, Barcelona, 1978.
33. Winnicott, D. W., "Jeu et réalité. L'espace potentiel", Gallimard, Paris, 1975.
34. Zuazo, J. I., "Aspectos de las organizaciones neuróticas desde la perspectiva de la distancia oportuna entre el sujeto y sus objetos", Anales de psiquiatría, Vol. XII, Nº1, Enero, 1996, a.
35. Zuazo, J. I., "En torno al sistema de relaciones objetales: de la metáfora y la metonimia a la unión y la separación", Informaciones psiquiátricas, Nº 144, 2º trimestre, 1996, b.